

# Érase una vez en un planeta

—¿Te sientes triste, mi amor? —preguntó la reina a su marido, el rey Malik.

Era una noche hermosa en el planeta Xistance. Sus majestades paseaban por los jardines del palacio.

—Me gustaría entender mejor a mi pueblo —respondió el rey—. Busco una manera de entender el mundo como ellos lo ven. Quiero que tengan una vida más placentera.

—¿Se te ocurre una idea?

—¿Recuerdas las conversaciones que hemos tenido sobre el cumpleaños de Tiernan, y la esposa que nos gustaría encontrarle?

—Por supuesto que sí —contestó la reina Arienne.

—Creo que sería una buena manera de aprender más sobre nuestro pueblo. Si Tiernan contrajera matrimonio con una mujer de origen humilde, podría llegar a entenderlos mejor. Sería un rey más sabio cuando ascienda al trono.

—Es una idea maravillosa —observó la reina Arianne—. No cabe duda que es una forma magnífica de entender mejor a nuestro pueblo.

Pero el rey Malik se enfrentaba a un dilema.

*No servirá cualquier esposa, meditó el monarca. ¿De qué manera puedo elegir la mujer indicada para mi hijo y la princesa que necesita Xistance? Es un hueso duro de roer. Una hueso duro... ¿Una semilla? ¡Espléndido! Se me ocurre una idea.*

*¡Gong!*

El rey golpeó el gong para llamar a sus siervos de mayor confianza.

—Les encomiendo una misión especial —dijo el rey a los sirvientes que se congregaron alrededor del trono—. Deseo que me ayuden a encontrar la futura esposa del príncipe Tiernan y princesa de Xistance. Recorran el reino en busca de mujeres hermosas y de excelente carácter. Tráiganmelas para que escoja la mujer indicada para mi hijo.

Los siervos del rey Malik recorrieron los rincones más alejados de Xistance, donde eligieron a una gran cantidad de mujeres para llevar al enorme palacio del rey Malik. Algunas de las candidatas eran tan hermosas como las gemas que resplandecían en las paredes del palacio real, mientras que otras eran menos atractivas. Los sirvientes eligieron a las mujeres por diversos motivos: su inteligencia, su buena educación, su habilidad en las artes y oficios, su simpleza y humildad.



El rey ordenó llevar a todas las mujeres a una enorme y lujosa cámara, donde esperarían a que él las conociese.

El rey Malik pensó: *Debo realizar una prueba para determinar cuál es la mujer indicada. Necesito estar seguro de la clase de esposa que será. Debe ser sabia, compasiva y paciente, pero sobre todo, tener entereza de carácter.*

—Mi querida reina —dijo el rey Malik, exhibiendo una gran sonrisa—. Tengo un buen presentimiento. Encontraremos la mujer perfecta para nuestro hijo. Tengo un plan y estoy seguro que funcionará.



*¡Tan tata tan!*

El sonido de las trompetas resonó al abrirse las puertas de la cámara.

—El rey Malik el grande, la majestad más grande y poderosa sobre la faz de Xistance, la reina Arianne y su querido y único hijo, el príncipe Tiernan, nos honran con su presencia —anunció el heraldo.

Las mujeres corrieron a los espejos del cuarto para arreglarse los vestidos, peinarse los rizos, fruncir la boca y sonrojarse las mejillas. Estaban ansiosas por descubrir quién sería la elegida.

Cuando sus majestades entraron al cuarto, las señoritas se hincaron en profundas reverencias.

—Levántense —dijo el rey—. Como saben, se encuentran hoy aquí porque una de ustedes se convertirá dentro de poco en la esposa de mi hijo.

El rey Malik dedicó una sonrisa al príncipe Tiernan,

que se encontraba a su lado.

—No cabe duda que todas son excelentes y maravillosas jovencitas —continuó el monarca—. De modo que elegir entre vosotras a la futura soberana de Xistance no será tarea fácil. He decidido que serán ustedes las que tomen esa decisión. Y tengo un método único de descubrirlo.

—Cada una recibirá una semilla. Deberán cuidar de esa semilla: regarla, nutrirla y asegurarse de que esté bien atendida. En poco menos de un año nos reuniremos en este lugar. En esa fecha celebraremos el cumpleaños del príncipe. Entonces me mostrarán en lo que se ha convertido la semilla. La que mejor haya cuidado de la semilla mágica se casará con mi hijo y se convertirá en la princesa de Xistance.



El rey Malik tomó un gran bolso de manos de un sirviente y sacó un puñado de semillas de aspecto mágico.

—Dale una semilla a cada jovencita —dijo el rey al príncipe Tiernan, entregándole el bolso.

El príncipe recorrió el cuarto entregando una semilla a cada jovencita. Las semillas eran muy distintas entre ellas. Algunas eran de colores fuertes y otras de tonalidades más suaves, pero todas brillaban con una belleza única y especial.

Cuando el príncipe se dispuso a entregar la última semilla, se dio cuenta que era bastante más fea en comparación a las demás: tenía color marrón oscuro con

reflejos blancos. Metió la mano en el bolso en busca de otra semilla, pero se habían agotado. Había una semilla por mujer. No quedaba ninguna.

*Lo mejor será confiar en mi padre, pensó el príncipe Tiernan. Estoy seguro que tiene un buen plan. Aunque parece que algunas de las semillas son más bonitas que otras, lo más probable es que la magia de la semilla no tenga nada que ver con su belleza, sino con el trato que reciba.*

Lowlilya, la joven que recibió la última semilla, agradeció de buena gana el regalo. Hizo una pequeña reverencia y sonrió alegremente. El príncipe sonrió de vuelta y regresó al lado de sus padres.

—Recuerden cuidar de

este regalo —fueron las últimas palabras del rey cuando salieron junto a los sirvientes de la cámara. Las mujeres quedaron a solas una vez más.

—Qué injusto, Bratineice —gritó Concealia, una de las jóvenes—. Tu semilla es más hermosa que la mía. No cabe duda que se convertirá en una flor más bonita. Pero yo soy más bella que tú, por lo que mi semilla también debería serlo.

—A mí me dieron la semilla más grande y bonita —replicó Bratineice—. Seguramente el príncipe cree que soy más hermosa.

Observó su reflejo en el espejo y repitió:

—Mucho más bonita.



Concealia sentía tanto temor y celos que organizó un pequeño grupo de mujeres con la misma mentalidad. Durante la noche, las mujeres celosas robaron las semillas que a su parecer eran más bellas que las que habían recibido. Reemplazaron las hermosas semillas por las que les habían tocado a ellas, esperando que las otras no se dieran cuenta de la diferencia.

—¡Auxilio! Ha habido un robo —gritó una de las chicas a la mañana siguiente, al descubrir que su semilla de color carmesí profundo había sido reemplazada por una de tonalidades rosa pálido.

—¿Quién fue? —demandó mientras rebuscaba en las camas cercanas.

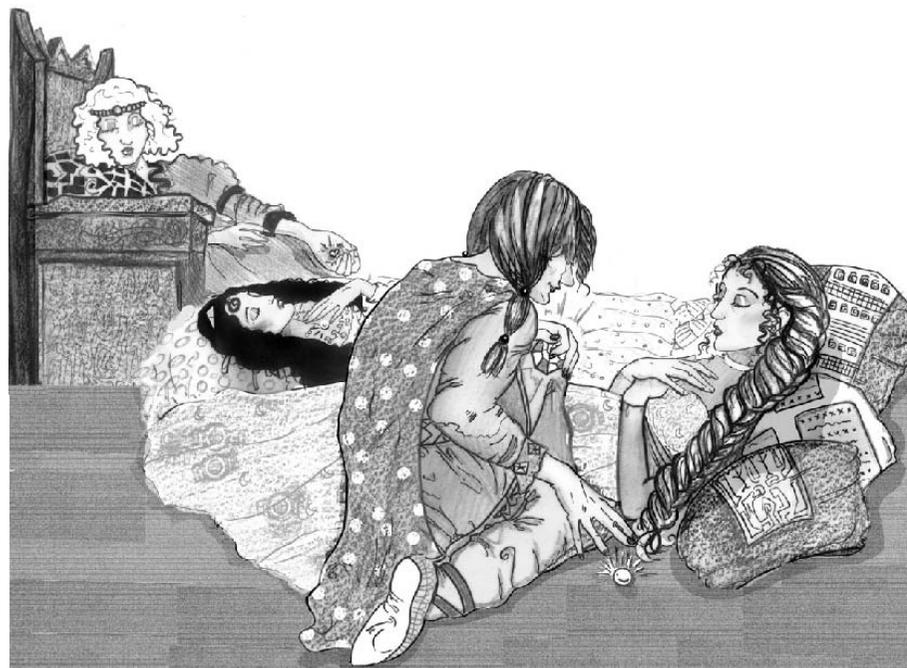
El alboroto alarmó a las otras jovencitas. Todas se dieron a la tarea de revisar si sus semillas habían sido reemplazadas. Al parecer muchas otras semillas habían sido robadas. Las mujeres empezaron a discutir y pelear mientras buscaban las semillas que habían recibido del rey.

Sin embargo, mientras buscaban su diminuto regalo, se dieron cuenta que las semillas guardaban un vínculo especial con su dueña. Las jovencitas se sentían atraídas

al lugar donde su semilla había sido escondida.

Si bien a simple vista algunas semillas parecían más hermosas o brillantes, cuando una mujer tomaba la semilla de otra, caía en la cuenta que la que había recibido del príncipe era mejor para ella. La semilla robada adquiriría además una forma común en las manos de la mujer equivocada.

Cuando las señoritas se dieron cuenta que las semillas se veían distintas en las manos de otra persona, devolvieron avergonzadas las semillas robadas y recibieron las que el príncipe les había dado.



Todas las semillas volvieron a las manos de su dueña. Excepto una.

—Por favor, señoritas, ¿alguien ha visto mi semilla? —preguntó Lowlilya mientras miraba alrededor de su cama.

—Es una semilla de aspecto ordinario. No brilla como las otras. Es de color marrón oscuro... y la he perdido. Tengo muchas ganas de verla crecer.

—Ninguna de *nosotras* la tiene —respondió Bratineice—. Debes tenerla en algún lado. Revisa tus pertenencias una vez más.

—Sí, miraré nuevamente —aceptó Lowlilya.





Lowlilya inspeccionó los numerosos bolsillos de su vestido y el pequeño bolso que había traído. Dicho y hecho, encontró su preciosa semilla. En el apremio de asegurarse que su semilla no había sido robada, se le había caído del bolsillo.

—No tenías nada de qué preocuparte, Lowlilya —observó Whirl d'Alene—. Nadie jamás habría robado tu semilla. Es *tan* fea. De todas las semillas que nos dieron, la tuya es la más pequeña y la de aspecto más ordinario —añadió con una risita.

—Pensé que mi semilla de zafiro era fea y pequeña hasta que vi la tuya —se burló Primtrim—. Ja, ja, ja. Muchas de las otras jovencitas continuaron burlándose de Lowlilya.

Tenían razón. La semilla de Lowlilya era bastante fea. Al mirar de cerca su semilla, Lowlilya cayó en la cuenta de que se veía como una semilla de trébol común.

—Supongo que debo ser fiel y cuidar de mi semilla con todo el corazón —se dijo Lowlilya.



A lo largo y ancho de Xistance, en los hogares de las mujeres elegidas por los sirvientes del rey, hermosas plantas con exquisitos capullos germinaron de las semillas mágicas.

Algunas plantas tenían un aspecto delicado y parecían necesitar cuidados constantes. Otras eran más fuertes y robustas. Las flores que brotaron tenían numerosos colores: desde blancas a azul real y violeta. Algunas de las plantas exhibían arbustos cargados de flores, mientras que otros apenas florecían. Todos los días, cada una de las muchachas atendía su planta, lo cual determinaría si se convertirían en la princesa de Xistance.



Durante casi un año, tan pronto la estrella Shimmer anunciaba el despuntar de un nuevo día, Lowlilya corría a su pequeño jardín para cuidar de su preciosa semilla. Era la primera de muchas veces durante el día que observaba el crecimiento de su plantita. Pero a diferencia de las demás semillas, la suya no parecía pronta a germinar.

Sólo quedaban dos semanas para el cumpleaños del príncipe. La pobre Lowlilya sollozaba. Su semilla aún no había germinado.

*Aunque los retoños salieran hoy, no queda tiempo para que maduren, pensó Lowlilya.*

Se arrodilló junto a la tierra removida donde había plantado su semilla. Se sentía muy triste. Pero a pesar de las lágrimas que brotaban de sus ojos, sonrió con valentía.

—No lo entiendo —susurró—. Esperaba que crecieras hasta convertirte en una bella y exótica flor. En mis sueños te veía como la planta más hermosa de todas. Pero continúas siendo una semillita, igual que el día en que me fuiste entregada.

Lowlilya se puso en pie. Una de sus lágrimas cayó a la tierra y fue absorbida por la semilla.

—Pero continuaré cuidándote con todo mi corazón.

Una vez tomada esa decisión, volvió a su casa para tomar la regadera. Al volver observó maravillada que de la tierra asomaban los pequeños retoños de la planta.

—¡No cabe duda que eres una semilla mágica! —exclamó la joven al ver el pequeño brote—. ¿Fueron mis lágrimas las que te dieron vida?

Al cabo de las dos semanas, el pequeño brote había madurado hasta convertirse en un trébol de color blanco.

—Podrás ser pequeña, pero eres tan hermosa —le repetía a la florecilla. El aspecto de la planta era común, pero para Lowlilya, su planta era la más hermosa de todas.

Los días anteriores al cumpleaños del príncipe pasaron rápidamente. Se hacían los preparativos de la celebración y de la boda.

Finalmente llegó el día tan esperado. Las mujeres se vistieron en sus atavíos más hermosos y recogieron sus cabellos con lazos y adornos. Todas deseaban llamar la atención, aunque bien sabían que su flor o planta determinaría el resultado de ese emocionante día.





Las mujeres volvieron a encontrarse en la enorme cámara donde meses antes el rey les había obsequiado las semillas.

El cuarto estaba a rebosar con las plantas que cada mujer había cultivado. Algunas eran muy grandes. Otras no poseían un tamaño o tonalidad espectacular, pero sus flores despedían una delicada fragancia. Cada una de las plantas tenía una cualidad extraordinaria y fascinante. Pero cuando Lowlilya entró al gran cuarto, muchas de las señoritas lanzaron una exclamación de asombro.

—Pero, ¿qué planta es esa?

—preguntó una de las chicas.

—Pobre Lowlilya. El rey solo se reirá de su planta —susurró otra a las chicas que la rodeaban.

Lowlilya ignoró esos murmullos y volvió a estudiar su planta. *Es cierto, pensó. Eres muy sencilla. Sin importar cuánto te aprecie, ni cuánto quiera a la persona de quien te recibí, ello no te convierte en la planta más extraordinaria de todas. El salón se encuentra tan lleno de plantas exóticas y bonitas que nunca me casaré con el príncipe. Pero al menos te cuidé con esmero.*

*¡Tan tata tan!*

El sonido de las trompetas retumbó en el salón; el heraldo anunciaba el arribo de sus majestades. Las

señoritas se pusieron al lado de sus plantas, cuando el rey Malik, la reina Arriane y el príncipe Tiernan entraron al abarrotado cuarto.

—¡Hermoso! —exclamó el rey, mientras observaba cada una de las plantas—. Vaya, la tuya es extraordinaria —añadió a varias jovencitas, al pasar junto a sus majestuosas flores.

Cuando el rey Malik vio el trébol blanco de Lowlilya, le dijo:

—Querida, por favor párate allí.

La joven caminó a un espacio vacío del cuarto.

—¿Van a castigar a Lowlilya por tener una flor más sencilla? —susurró una de las candidatas a otra.

Los ojos de Lowlilya se llenaron de lágrimas. *El rey no debe estar complacido con mi planta, pensó.*

Cuando el rey terminó de observar las plantas, se acercó al rincón donde esperaba Lowlilya.

—¿Por qué lloras, querida?

—Su Majestad, me temo que mi planta no merece la más mínima atención de su parte, aunque la he cuidado con esmero desde que me fue entregada por su hijo. Deseo de corazón no haberlo decepcionado.

—Todo lo contrario —exclamó el rey alegremente—. ¡Tú eres la destinada a casarse con mi hijo!





—Pero, ¿cómo es posible?  
—preguntó Lowlilya—.  
Usted dijo que se casaría  
con la mujer que trajera la  
planta más extraordinaria  
de las semillas que nos  
entregaron.

—Lowlilya, tu flor es  
la más maravillosa de  
todas las semillas que...  
—empezó el rey. Sin  
embargo, fue interrumpido  
por las protestas de varias  
mujeres.

—¡No es posible! La mía es  
mucho más hermosa.

—¡No! La mía es más

bonita que todas las demás  
—gritó otra.

—Señoritas, permítanme  
explicarme —el rey levantó  
una mano para ordenar  
silencio—. Sus plantas y  
flores son hermosas. Pero  
Lowlilya fue la única que  
hizo germinar la semilla  
que le di. Las demás  
me trajeron una planta  
distinta. Lo sé. Todas las  
semillas eran de trébol, si  
bien elegantemente ocultas  
entre colores y destellos.  
No solo eso, la magia de  
las semillas no les permitía  
crecer hasta ser regadas  
por una lágrima llena de  
amor.

—Al ver que su semilla no  
germinaba —continuó el  
monarca—, deben haberla  
desechado y adquirido otra  
semilla. La semilla que han  
traído hoy. Es evidente que  
Lowlilya es la única que  
ha cuidado su verdadera  
semilla con fidelidad.

Ahora que saben la verdad,  
Lowlilya se casará con mi  
hijo.

Ninguna de las jovencitas  
podía protestar. Las  
palabras del rey eran  
ciertas.

Los tiernos, amorosos y  
fieles cuidados de Lowlilya  
a su sencillo regalo le  
otorgaron el mayor honor:  
el título de princesa de  
Xistance. La joven había  
hecho gala de su devoción,  
su lealtad, su amor y su  
honestidad. Sencillamente  
había cumplido su  
labor con fidelidad, aun  
cuando parecía no recibir  
recompensa.



El príncipe y Lowlilya  
estaban hechos el uno para  
el otro. Ese mismo día  
contrajeron matrimonio.  
El príncipe Tiernan  
sucedió a su padre, el rey  
Malik, como sabio monarca  
del pueblo de Xistance, con  
Lowlilya a su lado.

FIN

